Despertemos

Hay palabras que siempre son nuevas y aplicables á los acontecimientos de todos los días, y estas son las que el Apóstol dirige á los Romanos, repetidas por la Iglesia:

Hermanos míos: Sabemos que es ya tiempo de despertar y levantarnos de nuestro sueño.

Duermen las naciones, y cuando despiertan, se encuentran en el abismo; duermen las sociedades, y al mirar su somnolencia, se encuentran minadas por el socialismo y la anarquía; duermen también las almas, y al salir de su peligroso sueño, la que no está en las sendas de la perdición, se encuentra en los brazos de la tibieza: por eso en los oídos del cristiano resuena siempre aquella voz misteriosa que pregunta: Centinela ¿qué hay de la noche?

¿Qué ha pasado en esa noche del error en que duermes tu patria? ¿Qué es de tu religión combatida por las tinieblas de todas las ignorancias, de todas las heregias, de las más desoladoras negaciones? ¿Qué es de tu misma patria, en manos de políticos aventureros, víctima de todas las concupiscencias, de todas las ambiciones y de todas las deslealtades? ¿Qué ha pasado en esa sociedad, cada día más alejada de Dios, donde apostatan todas las clases sociales, donde todo se corrompe, donde se levantan altares á la aniquilación y el exterminio? ¿Y qué piensas tú hacer, soldado de Cristo, ante esa horrible campaña, no nacional, ni europea siquiera, sino lucha universal en toda la extensión de la palabra, emprendida contra la Iglesia de Dios? Centinela de Dios y de tu patria, ¿qué ha pasado durante la noche?

Tenemos todos propensión al sueño, porque el hombre es muy débil y pronto se cansa. Dormían los discípulos en la noche de la Pasión, y al despertar encontraron prisionero á Jesús. ¿Quién duda hoy que ha llegado la hora de las tinieblas? La España católica ha sostenido una lucha admirable por su número, por su disciplina y por su resonancia: moralmente hemos vencido. Pero todavía queda la raíz del mal, todavía no ha pasado la gravedad de las circunstancias, y no podemos olvidar que han de tardar muy poco nuestros enemigos en romper el fuego. Todo lo que en nosotros es propensión al sueño es en ellos actividad, decisión y vigilancia.

Y mientras ese fuego se rompe, á causa de la indefensión en que se encuentra todo lo cristiano, y de la virtud deletérea y corrosiva de los errores que nos rigen, una relajación gene-

ral, una corrupción espantosa, un lento suicidio padece esta patria querida, suicidio, corrupción y relajación que deben excitar nuestro celo y disponer-nos á la lucha.

No pasa día en que no se arranque un derecho de las manos de la Iglesia. Ayer era la ley del candado que cerraba las puertas á los religiosos, hoy la implantación del servicio obligatorio, que arranca de los seminarios y de los conventos á los futuros sacerdotes, como si el sacerdocio no fuera el mejor modo de defender á la patria; mañana la ley de Asociaciones, y todos los días la lucha de difamación, calumnias y horrores, que piden á voces que nos dediquemos á la propaganda, á la siembra, á la conquista de ese pueblo que se nos va, y que tan fácilmente pudiera ser redimido.

Preparemos, pues, los caminos del Señor, en nuestra patria, en la sociedad y en nuestra alma. Y si has de reinar, Dios mío, en este desventurado país, si has de ocupar el lugar que te disputan hoy los políticos del liberalismo; si no has de estar desterrado de la conciencia, de la vista y hasta de las calles de la sociedad de nuestros días; si has de ser luz de todas las inteligencias, amor de todos los corazones, vida de nuestra fe, aliento de nuestra esperanza y objeto de nuestra adoración, excita, Señor, tu poder omnipotente, y ven para que nos salves de los peligros que nos amenazan. Te espera un pueblo, que por una expiación horrible, por una dolorosa experiencia, se mira prisionero del liberalismo, comiendo el amargo pan de la emigración, devorando insultos y apurando el cáliz de todos los dolores; que se queda sin fe, sin ideales, sin gloria, porque las tinieblas de la revolución lo han tenido en perpetua noche.

.....
¡Pueblo que sufres; que te dispones á volcar en el polvo las cátedras de los sofistas y á tomarte la justicia por tu mano, porque has perdido la fe en todos los falsos redentores: no podrás nunca redimirte ni ser redimido, sino por el único Redentor que es Jesucristo! Pero no esperes tampoco redención, si no haces penitencia, si no preparas los caminos del Señor!

F. S. DE U.

Obras son amores

No es amar á Jesús cerrar el labio cuando, con torpe agravio, su Santo Nombre oímos blasfemar. No es amor escuchar como rebajan su ley, como le ultrajan, y el sacrilego chiste tolerar. Y, mientras solo está en su tabernáculo, en profano espectáculo,

de cristiano el nombre desmentir; y si tal vez nos llama á su Calvario, dejarte solitario y de la cruz cobardemente huir. No es amar á Jesús dejar que alcance la impiedad en su avance hasta el mismo santuario del Señor, y no lavar profanaciones tantas, derramando á sus plantas de la amargura el llanto abrasador. Y no arrojar con menosprecio al cieno el libro que veneno va escupiendo á su santa Religión, ó cegarle tal vez un homenaje por temor al ultraje ó al sonris de un incrédulo burlón. No es amar á Jesús pasar la vida inútil y perdida respirando molice y vanidad, y del mal la corriente destructora, que crece á cada hora, contemplar con estúpida frialdad. Y, rindiéndose al miedo que avasalla huir de la batalla que por Él libran.... Mas así, Señor, de cuantos ¡ay! del mundo en el tumulto le damos ciego culto. ¿Quién decir puede que te tiene amor?
TRINIDAD ALDRICH.

¡Pobre España!

Hay tiempos peores—decía el inmortal Balmes—que los tiempos de revolución sangrienta.

Son los tiempos en que las ideas quedan relegadas á muy secundario lugar, y la confusión trae el desorden, y el desorden la anarquía.

Son los tiempos en que se llama prudencia á la cobardía, patriotismo á la traición, desinterés al egoísmo, libertad á la esclavitud en que los caracteres se afeminan, la injusticia se hace ley y la autoridad tirana.

Son los tiempos en que las alturas se hacen valles, y los valles abismos, en que hasta los cedros seculares se doblegan como cañas frágiles.

Son peores, porque matan toda esperanza, no hay pueblo que los resista sin perder en ellos lo más fundamental de su existencia.

Sólo un esfuerzo supremo para arremeter contra los convencionalismos que envuelven el error bajo las apariencias de verdad, puede hacer lucir mejores días.

Esfuerzo, cuanto se necesite, y por los medios que sean precisos, con tal que la legitimidad no les falte.

Operación quirúrgica se impone, no emolientes benignos.

Cauterios, no jarabes. Santas firmezas é intransigencias, no complicidades.

La verdad en todo su esplendor, no el equívoco del brazo con la mentira.

¡Hay tiempos peores que los de revolución sangrienta!

Y en ellos nos encontramos y vivimos.

¡Pobre España!

LISARDO.

Decía el señor La Cierca, dirigiéndose á la Cámara, que le escuchaba estupefacta y con el tono dolorido de un gran convencimiento, que cuanto en la actualidad está ocurriendo y cuanto puede venir después no es sino el fruto de un período largo de nefasta política, hecha desde el Poder al amparo de la libertad.

¿Y como él que es uno de tantos liberales, amparadores de esa política se atreve á decir semejante verdad?

¡MISERABLES!

De nuevo surge la cuestión de Marruecos... y de nuevo resuena la vil amenaza de impedir, por todos los medios, que España defienda sus intereses.

¿Son ingleses, franceses ó alemanes quienes la formulan?

No, son hombres nacidos en España, pero, esclavos de las sectas, se mueven á impulsos de nuestra rival en Marruecos. Hombres que venden á la Patria, que contra la Patria laboran y, vergüenza da decirlo, que constituyen una excepción en el mundo.

Los elementos más avanzados de Francia y Alemania prescindían de sus doctrinas en aras del patriotismo; lo mismo ocurre en las demás naciones.

Sólo en España hay quienes, frente á peligros internacionales, dicen desde la tribuna parlamentaria, en la prensa y en los mítines que impedirán la guerra ¡La guerra! Ninguno la queremos, porque es azote de la humanidad y acarrea á las naciones grandes males; mas cuando se pretende concluir con nuestro porvenir y nuestro prestigio y no hay más medio de evitar tan siniestros propósitos que la fuerza, á la fuerza se recurre, que para eso se sostiene el ejército y constituimos una nacionalidad. España no puede ser menos, porque á cuatro maldados se les antoje, que las últimas de las monarquías y de las repúblicas.

España, aunque los amigos de los franceses quieran, no se resignará á quedar con bayonetas francesas en los Pirineos y con bayonetas francesas en todo el imperio marroquí donde está la expansión y el porvenir de España.

Si existen malos españoles á quienes complacería que la bandera gualda y roja fuera sustituida en nuestra zona de influencia por la tricolor de la vecina república, atraviesen la frontera y naturalícense en Francia, pues no deben alimentarse en el pecho de la madre á quien pretendían asesinar.

Y si alguno osare manifestar sus antipatrióticas opiniones, arrójesele de las Cortes (si hay distrito que tiene el deshonor de ser representado por él,) caiga sobre su cabeza el anatema de los españoles honrados y aplíquense